

ALBERTA GIMÉNEZ



ADORACIÓN

**149 años de la entrada de Alberta Giménez en la Pureza.
23 de abril del 2019**

(Una música instrumental)

Hoy, el silencio es oración: Escuchar al Señor, darle entrada en nuestra vida, contemplar lo que El hizo, sacar conclusiones para nuestra vida; volver sobre nuestras propias experiencias, ante la llamada del Señor a cada una de nosotras, esa es la forma de orar hoy.

EL Señor llamó a Alberta; el mismo Señor, nos ha llamado a cada una de nosotras.

Hoy, en esta Octava de Pascua, nos ilumina la figura de María Magdalena, escogida por el mismo Jesús para ser, como dice el Papa Francisco: "Apóstol de sus Apóstoles". Abramos nuestras entrañas, llenémonos del Espíritu Santo, saciémonos de la presencia de Jesús que está entre nosotros. Escuchemos como lo habría hecho M. Alberta.

Del Evangelio Según San Juan (Jn 20,11-18)

En aquel tiempo, fuera, **junto al sepulcro**, estaba María, llorando. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús.

Ellos le preguntan: - «**Mujer, ¿por qué lloras?**»

Ella les contesta: - «Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto.»
Dicho esto, da media vuelta y ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús.
Jesús le dice: - «**Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?**»

Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta: - «Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré.»

Jesús le dice: - «**¡María!**»

Ella se vuelve y le dice: - «**¡Rabboni!**», que significa: «**¡Maestro!**»

Jesús le dice: - «Suéltame, que todavía no he subido al Padre. Anda, ve a mis hermanos y diles: "Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro."»

María Magdalena fue y anunció a los discípulos: - «**He visto al Señor** y ha dicho esto.»

(Hacemos eco de la Palabra)



“Fuera, junto al sepulcro, estaba María, llorando”

No nos resulta difícil abrirnos a la acción del Señor mirando la vida de María Magdalena, el trabajo que el Señor fue haciendo con ella, y los frutos de este Amor Nuevo, que, a ella, le cambió la vida.

¿Acaso no fue el mismo camino que tuvo que pasar Madre Alberta para llegar a la Pureza? El camino del dolor y a la vez de confianza en su Señor. Apenas nueve meses después de haber perdido a su marido, después de haber ido perdiendo a tres de sus cuatro hijos, siente a Dios junto al Sepulcro, sacándola de un dolor aterrador.

No es fácil acercarnos a su dolor, sus etapas vividas con anterioridad y preparación, a ese momento en el que, Dios decide llamar a nuestra Madre, cuando quizá cualquiera hubiera pensado que: ¡¡¡Menudo momento!!!

Las cosas de Dios son así. Sus momentos muchas veces no los aceptamos porque no coincide con nuestro creer o sentir.

(Silencio)

Jesús le dice: - «¡María!»

¿Cómo va a reconocer la Magdalena al Señor, a las afueras del sepulcro vacío, cuando ella está buscando un muerto?

La voz del Señor abre su interior y deja salir el amor sufriente de su ausencia para convertirlo en Gozo. Del mismo modo, Alberta Giménez, no se cierra en su dolor: ¡¡¡cuánto dolor!!! Al perder a su marido. Ella se abre a la llamada del Señor, cuya voz reconoce en las autoridades de la Iglesia. Esta apertura y generosidad van precedidas de muchos encuentros con el Señor, de muchas ofrendas al Señor, de muchas entregas al Misterio del dolor que Dios pone en su camino, para abrirse a un Agradecimiento que conlleva una gran carga de Generosidad.

(Silencio)

Como María Magdalena, Madre Alberta reconoce la voz de Dios, está acostumbrada a aquel susurro suave en su corazón, a aquella cálida brisa aún en sus momentos de tormenta, a ese fuego abrasador que acaricia su soledad en las noches más oscuras. ¡Es su Maestro! ¡Es su Señor! ¡Es su dueño y hacedor!

ALBERTA GIMÉNEZ



Ella vivió una relación interior profunda a lo largo de su vida y hoy nos enseña a nosotras sus hijas el valor de la CONFIANZA EN DIOS por encima de todo; el valor de la relación personal, con el Señor del Evangelio, en la ORACIÓN diaria insustituible, y el saber en todo momento que por encima de toda la protección de nuestra Madre del cielo no nos faltará jamás.

(Silencio)

“Ve a mis hermanos”

Es aquí donde se nos regala un carisma, una espiritualidad propia, gracias a que Madre Alberta acogió esta llamada y esta invitación, y la sembró en la Pureza, en el corazón de cada hermana, ¡Su vida se nos dio como don!

Es la riqueza del Espíritu Santo que se sigue derramando sobre cada una de nosotras a fin de llevar a término, la obra comenzada por la Madre en aquel mes de abril de 1870.

Por eso, nuestra respuesta al Señor, pasa por ser una “respuesta continuada” a la obra que inició la Madre. Ella es nuestra Guía y Maestra.

Hoy podríamos acercarnos a la Madre, y contemplar su Confianza en el Señor.; su entrega a la Voluntad de Dios por encima de sí misma y su fidelidad a lo que el Señor le iba enviando, conocido en profundidad a través de la oración, como relación con Él; podríamos acercarnos a su exquisita delicadeza en el trato con los demás; a su servicialidad que nace de su obediencia al Señor, queriendo ser fiel y servidora como la Virgen María... Podríamos preguntarnos: ¿A qué nos invita Dios contemplando su vida? **(Silencio)**

AGRADECIMIENTO A DIOS POR EL DON DE LA VIDA RELIGIOSA

En esta CELEBRACIÓN, os invito a todos a agradecerle al Señor por el don de la vida religiosa, que el Espíritu Santo, ha suscitado en la Iglesia.

Responderemos: Te alabamos y te damos gracias Señor.

Bendito seas, Señor, Padre santo, porque en tu infinita bondad, con la voz del Espíritu, siempre has llamado a personas, que, ya consagradas en el Bautismo, fuesen en la Iglesia signo del seguimiento radical de Cristo, testimonio vivo del Evangelio, anuncio de los valores del Reino, profecía de la Ciudad última y nueva.

Todos: Te alabamos y te damos gracias, Señor.

ALBERTA GIMÉNEZ



Te glorificamos, Padre, y te bendecimos, porque en Jesucristo, tu Hijo, nos has dado la imagen perfecta del servidor obediente: Él hizo de tu voluntad su alimento, del servicio la norma de vida, del amor la ley suprema del Reino. Con gozo confirmamos hoy nuestro compromiso de obediencia al Evangelio, a la voz de la Iglesia, a nuestras Constituciones.

Todos: Te alabamos y te damos gracias, Señor.

Te glorificamos, Padre, y te bendecimos, porque en Jesucristo, nuestro hermano, nos has dado el ejemplo más grande de la entrega de sí: Él, que, siendo rico, por nosotros se hizo pobre, proclamó bienaventurados a los que tienen espíritu de pobre y abrió a los pequeños los tesoros del Reino.

Todos: Te alabamos y te damos gracias, Señor.

Gracias, Padre, por el don de Madre Alberta, paciente, humilde, servicial, por su empeño de vivir con sobriedad y austeridad, de vencer el ansia de la posesión con el gozo de la entrega, de utilizar los bienes del mundo por la causa del Evangelio y la promoción de la educación de la mujer y de los más desfavorecidos. Concédenos Señor su pronta Beatificación.

Todos: Te alabamos y te damos gracias, Señor.

Te glorificamos, Padre, y te bendecimos, porque en la Virgen Madre, nos diste el modelo supremo del amor consagrado: Ella intercede por cada uno de nosotros, para que nosotras, como Alberta Giménez, nos dejemos enseñar y llevar al cielo, donde te pedimos llesves a nuestras hermanas que nos han precedido en la Fe.

Todos: Te alabamos y te damos gracias, Señor.

(Dejamos un espacio para compartir lo que nos ha suscitado la Palabra de Dios, o la misma vida de Madre Alberta, o todo aquello que se nos ha dado en este momento de oración comunitaria)

Oración final:

Mira bondadoso, Señor, a estas hijas tuyas: firmes en la fe y alegres en la esperanza, que sean, por tu gracia, un reflejo de tu luz, instrumentos del Espíritu de paz, prolongación entre los hombres de la Presencia de Cristo, desde el Carisma que recibió Madre Alberta. A ti que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.